

Sobre "Doy por vivido todo lo soñado" y otros pensamientos

AGATA GLIGO

En los momentos en que se prepara en Santiago el primer congreso de literatura femenina latinoamericana*, aparece en España la obra de una chilena que actualiza y renueva nuestras inquietudes sobre el tema:

Isidora Aguirre, dramaturga consagrada, autora de *La Pérgola de las Flores*, (1960), *Los Papeleros*, *Lautaro* (1981), *Retablo de Yumbel* (Premio Casa de las Américas 1987), acaba de publicar una novela: **Doy por Vivido todo lo Soñado**, (Editorial Plaza y Janés, Barcelona, junio 1987). Y digo novela sin la menor vacilación, aunque presiento que por estar claramente inspirada en la realidad familiar de la escritora —y la heroína central Laura Cupper, en su madre, la pintora chilena María Tupper— no faltará quien intente catalogarla como memorias o crónicas, géneros de los cuales tiene, sí, bastantes elementos.

Se trata de una novela sobre el tema del amor. Aunque transcurre en la primera mitad del siglo veinte, transcurre además en diversos tiempos: en el del gobierno del General Freire y la anarquía (1823-1830), en que el coronel John Cupper combate y es asesinado por el ejército de los conservadores a mando del General Prieto; y en el actual, tiempo que sólo aparece en la primera y en la última página, enmarcando inquietante y sugestivamente el pasado, con la voluntad expresa de no

nomenbrar nuestro presente.

Se trata, dije, de una novela sobre el amor. Sobre la eternidad del amor, más bien. Y esa parte —la medular de la obra— aparece magníficamente lograda a través de la presencia de diversas parejas de enamorados, de distintas épocas y generaciones, —tarabuelos, abuelos, madre, hermana— especialmente la formada por John Cupper e Isolda, que se introducen en la narración en un ensamblaje tan perfecto que obtienen lo que sin duda la autora buscó: hacer de todos los amantes un amante, mostrar en "el espejo de los amores" el amor, acercarse a lo esencial del sentimiento trascendiendo los límites de cada pequeño gran amor particular.

¿Por qué afirmé que este libro actualiza mis reflexiones sobre la literatura femenina? A pesar de centrarse en un tema distinto al de la primera novela de Isabel Allende —que a mi modo de ver es la evolución política de la sociedad chilena— y a pesar de las diferencias de tono narrativo, al leer **Doy por Vivido todo lo Soñado** encontramos innegables similitudes con **La Casa de los Espíritus**. Ambos son relatos narrados a través de diversas generaciones de una misma familia; hay un mismo amoroso afán por recoger y revivir las historias de los antepasados; la práctica del espiritismo y la sensibilidad a los mundos parapsicológicos como caminos hacia el tiempo

y la memoria; el anclaje en un viejo caserón familiar; la presentación de las costumbres patriarcales sin cuestionamiento intelectual; y cierta ternura frente al mundo, a pesar de las desgracias.

Las dos novelas, estoy absolutamente segura, fueron escritas por mujeres que necesitaban profunda, visceralmente hacerlo. Isabel, para rearmar Chile ante sus ojos. Isidora Aguirre, para recuperar nostálgicamente un pasado distinto de los tiempos presentes. Incurren ambas en lo que algunos estudiosos nos critican: la excesiva cercanía a la verdad, "la intención directa o velada de probar algo". Este rasgo marcaría una diferencia clara con **Cien Años de Soledad**, obra que fabula en torno a las relaciones familiares, mostrándolas bajo ángulos nuevos y alejándolas de la realidad reconocible.

Sin embargo, **Doy por vivido todo lo soñado** tiene también bastante en común con otra obra de García Márquez, **El Amor en los Tiempos de Cólera**. No me refiero sólo al tema de la eternidad del amor, sino a cierta mirada de cronista de costumbres, a las descripciones de mobiliarios, reuniones, accesorios, ropajes de época, hechas de un modo que a mí, personalmente, me gusta poco, pues no me parece suficientemente fundido con la trama. (Hablo no sólo de Isidora sino también de nuestro Premio Nobel latinoamericano).

He citado juntos los nombres de Isidora Aguirre e Isabel Allende por cuanto veo en sus elementos literarios, en sus imágenes, algo común e innegablemente femenino y a la vez diferente de lo que

* Que se realizará del 17 al 21 de agosto, en la Casa de Ejercicios San Fco. Javier.

algunas corrientes de crítica reconocen como escritura de mujeres. Creo que la repetida pregunta "¿existe una literatura femenina substancialmente diferente de la de los hombres?" debe resolverse a partir de lo que las escritoras escriben. Me explico. La crítica literaria feminista ha revalorizado obras del pasado no consideradas por la cultura establecida, pero también, consciente o inconscientemente, ejerce una especie de tiranía hacia el futuro, dictaminando **a priori** lo que las mujeres deberían o no escribir. El ejercicio de esta función al revés negaría la esencia de la crítica: juzgar, valorizar y situar **a posteriori** en su contexto cultural una obra producida por un creador individual.

Si existe una literatura femenina substancialmente diferente de la de los hombres deberá descubrirse en aquellos rasgos comunes a los escritos de mujeres, anteriores a sus planteamientos intelectuales. Los libros de Isabel Allende y de Isidora Aguirre, por ejemplo, muestran la familia como un núcleo importante de la sociedad, sin juzgarla; **Por la Patria**, de Diamela Eltit, en cambio, la cuestiona, sumergiéndose dolorosa, desgarradoramente en el incesto como símbolo último de la dependencia y propugnando una mujer autónoma y solitaria.

Algo, algo deberá haber en común entre todas ellas (y entre todas nosotras), para poder hablar de literatura femenina. Algo en la emoción, en la aproximación a la realidad, en el modo de recordar, en la manera de armar las frases, en la manera de construir o destruir. Si no lo hay, podemos hablar de la filosofía, de la visión del mundo, de la postura vital o de la ideología política que contienen las obras literarias, pero no podemos hablar de literatura femenina. □